



Claraesperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza



www.hoja.claraesperanza.net

N. 55

- artículos
Relanzar la esperanza
La palabra
- quiénes somos
- artículos anteriores

Relanzar la esperanza

Pasamos demasiado aprisa ante la belleza. Lo bello de las cosas merece un rato de contemplación. Es como quien visita un gran museo en pocas horas y lo hace con prisa para abarcarlo todo. Sería mejor, quizá, que esa persona se detuviera observando uno de los buenos cuadros o esculturas allí expuestos y, al menos ése, saborearlo de modo suficiente, llegar a disfrutarlo. Una buena obra de arte no se hace en un instante sino a base de bocetos y bocetos, de múltiples pruebas y ensayos y, a veces, a costa de mucho tiempo. La intuición que el artista tuvo y que tardó tiempo en plasmar, no se capta ni se goza en un instante. Hay que dedicarle tiempo para que esa obra le «entre» a uno y para que uno «entre» en ella. Lo mismo ocurre con la música, la cual, por ejemplo, no se escucha de verdad si se pretende oírla mientras se realiza a la vez alguna otra actividad.

Pero el gustar la belleza tiene como dos niveles. Un primer nivel es sentir el placer que produce esa cosa bella, sentir el gozo de sintonizar y de vibrar con ella. En este primer nivel no hace falta que intervenga la razón. Se abandona uno —de modo libre, por supuesto— a esa belleza que se capta. Hay un segundo nivel que es reflexivo. Es el darse cuenta

de que, como dice Alfredo Rubio de Castarlenas, «la belleza no puede no tener sentido». Se siente aquí la evidencia de que lo bello no es un absurdo, no es un sin sentido. Y ello da paz, da sosiego. Aquí es donde empieza la reflexión.

La desesperanza, que tanta gente tiene hoy día, proviene muchas veces de no encontrar sentido a lo que se vive. No hallar el «para qué», ni siquiera en un grado mínimo. Recurrir entonces a observar la belleza, es una solución. Y hay una belleza básica



N. 55

● artículos

Relanzar la esperanza

La palabra

● quiénes somos

● artículos anteriores

Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza



que es la que aquí más nos interesa, la belleza del propio existir. El hecho de que exista algo —lo que sea, simplemente «algo»— es motivo de sorpresa. Para la razón humana es más comprensible que no existiera nada a que no que exista algo. ¿Qué es existir algo? ¿Cómo es que existe una nube, la luz del sol o una flor? ¿Qué es estar existiendo? La prisa nos roba la posibilidad de dejarnos empapar de la belleza que nos rodea. Todo lo que existe tiene un punto de belleza precisamente basado en que eso existe, siendo así que podía no haber existido. «Existen realidades feas», se puede objetar. Es

cierto, pero siguen teniendo algo de bello que radica precisamente en que existan. Tienen fealdad, es cierto, pero tienen también el atrayente misterio de que son, pudiendo no haber sido jamás.

¿Y la existencia propia? ¿Cómo es que me he formado precisamente «yo», eso que llamamos «yo», que intuimos enseguida que cada persona es un «yo» particular e irrepetible? ¿No constituye una sorpresa el hecho de que exista yo, de que yo sea? Aconsejo al lector que desee relanzar su esperanza —a todos nos es conveniente hacerlo de vez en cuando, como «gimnasia» acostumbrada— que lea o relea el poema titulado «Ser», del citado Alfredo Rubio; su detenida lectura nos hace «tocar fondo» en el ser y resurgir luego con fuerza. En él me emocionan especialmente aquel par de líneas entreguionadas «—nada me falta para ser algo en vez de nada—». Contemplar la belleza de existir —a pesar de la fealdad y las demás limitaciones que ello comporta— nos abre a una esperanza, que es limitada como todo lo humano, pero que nos relanza a la alegría.

Juan Miguel González- Feria

N. 55

● **artículos**

Relanzar la esperanza

La palabra

● **quiénes somos**

● **artículos anteriores**

La palabra

El tiempo de Pascua es un tiempo especialmente propicio para dejar que las palabras tomen todo su significado y realicen toda su fuerza.

Jesús, la Palabra, el Verbo de Dios, dijo muchas cosas durante su vida a todos los que querían escucharlo y a todos los que querían entenderlo. Pero no era fácil hacerlo, porque la novedad de lo que decía, la profundidad que tenía, se les escapaba. Se les escapaba de tan sencilla que era: todo se reduce a arraigarse en el amor y confiarse a su dinámica.

Nosotros, parece que necesitamos propuestas más complejas; por eso los discípulos de la primera hora, como también nosotros siglos después, pensamos que sí, de acuerdo, que ya sabemos aquello de “amarnos los unos a los otros”, pero... ¡Pero no lo hemos acabado de entender! Esto no es nuevo; les pasó a las mujeres que se acercaron al sepulcro donde habían dejado el cuerpo de Jesús. Unos ángeles les dijeron lo que ellas no habían sido capaces de entender por sí mismas estando cerca de Jesús: “¿Qué hacéis buscando entre los muertos al que está vivo? ¿No recordáis lo que os dijo?”.

Y en medio de los pensamientos alborotados por las emociones, intentaron detenerse y sosegar, recuperar en la memoria y en el corazón lo que habían escuchado a Jesús, hasta que, poco a poco, fueron entendiendo —ahora sí— lo que les había dicho. Que la fuerza del amor es generadora de vida en tantísimas formas, que es imposible de imaginar. Eso es lo que ahora justamente comenzaban a entender, no en las palabras ni los conceptos, sino en la experiencia cierta, indudable.

No se pueden “poner puertas al campo”, y no puede detenerse —¡ni se ha de hacer!— la fuerza

N. 55

● artículos

Relanzar la esperanza

La palabra

● quiénes somos

● artículos anteriores



Clara esperanza

contemplando la realidad con una clara esperanza

imparable que tiene la vida alentada por el amor. Pero es necesario abrirse a percibirlo como misterio, dejándose seducir por lo que provoca en nosotros.

Tampoco es novedad, es lo que les pasó a los discípulos de Emaús. Iban caminando: ir haciendo, haciendo, haciendo... Y hablaban, ¡y tanto que hablaban! Pero no sabían muy bien qué se decían, la conversación no los llevaba a ningún lado, no les generaba vida ni esperanza. Hasta que alguien se les añadió en el caminar. Y, en lugar de hablar de cualquier manera sobre cualquier cosa, les habló del sentido profundo que hay en cada cosa, en cada hecho, en cada acto, en cada persona... Les mostró que hay mil y una lecturas posibles sobre la realidad, y que la mejor es siempre la que se hace en clave de estimación. Es el amor que empapa las palabras de Jesús el que hace que las Escrituras se llenen de sentido: ahora sí que las entendemos, ahora sí que vemos a dónde van, a dónde nos llevan, qué suponen para nosotros...

Por eso es tan importante que pensemos sobre aquello de lo que hablamos por el camino de la vida, de la vida de cada día. Y no sólo de qué hablamos, sino desde dónde hablamos, y hacia dónde

dirigimos el sentido de lo que compartimos. Y hay que recuperar tantas cosas que hemos escuchado y de las que quizás aún no hemos llegado a captar el verdadero significado. Las repetimos, las tenemos incorporadas con normalidad en nuestra cabeza, pero no las hemos dejado arraigar y expandir en nuestro corazón. Tantas veces dijo Jesús a sus discípulos: "Si hubierais entendido el sentido de las Escrituras...".

El sentido está oculto no porque esté escondido, sino porque sólo se desvela al aproximarnos con apertura y libertad de espíritu. Si queremos oír leyes y mandamientos, no tendremos en cuenta muchas de las cosas que nos habrán dicho: sí, están bien, son bonitas, pero lo que de verdad importa ha de ser alguna cosa con más peso, con más entidad...

Insensatos... Como si pudiera haber algo con más entidad que el amor...

Natàlia Plá Vidal

N. 55

● **artículos**

Relanzar la esperanza

La palabra

● quiénes somos

● artículos anteriores

Quiénes somos

El padre Alfredo Rubio de Castarlenas (Barcelona, 1919-1996), sacerdote de la diócesis de Barcelona, al regresar de un viaje por América vio la necesidad de crear una hoja mariana que se distribuyera a modo de confeti por todo el continente. Los confetis son unos papelitos festivos que caen como lluvia alegre y de colores, como si fueran un arco iris de paz.

La veneración de la Virgen María, en su advocación de la Claraesperanza, nace en el antiguo monasterio de Sant Jeroni de la Murtra, situado en Badalona, población cercana a Barcelona. Su fiesta se celebra el Sábado Santo, día en que la Iglesia medita cerca del sepulcro del Señor, recordando que la Virgen fue la única que mantuvo viva la llama de la esperanza.

Esta Hoja quiere contribuir, con humildad y realismo, a esclarecer esta arraigada esperanza. La Hoja Nuestra Señora de la Claraesperanza, católica, no desea otra cosa que ser leída, interiorizada y que

se haga aliento de sus lectores. No quiere interferir en ningún proyecto de evangelización, sino aportar esperanza a todos.

Esta Hoja es un apostolado de los laicos para los laicos. Quiere contribuir a alcanzar la humildad óptica*, que es base para la santidad. Donde hay orgullo, Cristo no entra.

Se sustenta con el trabajo de numerosos voluntarios y con donativos económicos. Es editada por la asociación de laicas Grupo Claraeulalias.

Los artículos están sujetos a derechos de autor. Se permite su difusión previo aviso y autorización de los responsables de la Hoja Nuestra Señora de la Claraesperanza.

* Humildad óptica: aceptar con gozo que uno es un ser contingente.

N. 55

- artículos
Relanzar la esperanza
La palabra
- **quiénes somos**
- artículos anteriores

Nuestra Señora de la Claraesperanza

www.hoja.claraesperanza.net hoja.claraesperanza@gmail.com

Sant Jeroni de la Murtra - Valle de Belén 08910 Badalona (Barcelona) - España